



Nuestro Llamado a Lamentar y a Obrar con Misericordia

Hoy, como Hermanas de la Misericordia, como asociadas y asociados en el apostolado y como toda nuestra familia de la Misericordia, al presenciar los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo, y al ver los estragos del cambio climático y la creciente degradación de la Tierra misma, quisiéramos, dada nuestra tendencia práctica como personas de Misericordia, apresurarnos a lo que, como un pueblo, llamado a ser misericordioso, podemos y debemos *hacer*. Pero ¿es este deseo inmediato de “*hacer algo*” la primera respuesta más adecuada al mundo según lo vemos en 2015-2016? ¿Es ésta la primera respuesta apropiada a la conversión que el Papa Francisco se imagina al proclamar el Año Jubilar de la Misericordia? ¿Es ésta la primera reacción que pide en su encíclica *Laudato Si*? O ¿no deberíamos primero hacer una pausa y lamentar?

Imaginémonos por un momento el lado de una calle en la Jerusalén Antigua, ahora llamada vía dolorosa. Un hombre ensangrentado se bambolea a lo largo del camino cargando una viga y ayudado de alguna forma por un extranjero repentinamente reclutado, llamado Simón. Algunas mujeres se alinean en la ruta. Quizás algunas de ellas han llegado aquí por mera curiosidad. Pero hay otras que están llorando, no de la manera acostumbrada, sino por el intenso sufrimiento que ven. El hombre nota sus lágrimas y les dice a las mujeres: “Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, sino lloren por ustedes y por sus hijos. . . . Porque si esto hacen cuando la madera está verde, ¿Qué harán cuando se seque?” (Lucas 23: 28, 31).

El mundo de hoy es también una escena de lágrimas y de tristeza—lamentos por lo que no tiene que ser, por el gran sufrimiento humano y de nuestra Tierra causado por voluntad

personal que se ha desviado. ¿No es el duelo la primera respuesta apropiada a lo que vemos en 2015-2016? ¿No es tristeza el primer sentimiento humano que estamos llamados a sentir al ver las largas filas de refugiados que se mueven a través de toda la Tierra, llevando a sus hijos asustados alrededor de su cuello y buscando, a pie o en barcas extremadamente atestadas, algún lugar de refugio, comida, agua y paz en esta Tierra. Algunas zorras todavía tienen cuevas, y algunos pájaros del aire todavía tienen nidos, pero estos cientos de miles de hijos e hijas de Dios no tienen donde descansar la cabeza (Mateo 8: 20).

Y al leer *Laudato Si'* y encontrar – si no a nuestra puerta por lo menos en imágenes televisadas – deslizamientos de tierra, tsunamis, incendios furiosos, inundaciones, sequías épicas y glaciares de fusión, y al darnos cuenta de la destrucción presente y continua de la Creación, con toda su generosidad histórica y belleza cósmica, ¿no debería primero brotar en nosotros una tristeza sincera, si tenemos sangre humana en nuestra venas de Misericordia?

Como miembros de la familia de la Misericordia sabemos que el duelo y el lamento solos no pueden ser nuestra oración o acción única o final. La tarde del Viernes Santo y la mañana Pascual son una sola cosa y nunca se deben separar. En Dios, son un acto incomprensible de dolor compasivo y auto-entrega misericordiosa y de un abrazo lleno de compasión. Pero si nosotras/os en la familia de la Misericordia, en los primeros años del siglo XXI, no nos fijamos ni sentimos las agonías de los Calvarios actuales que derraman sangre en la tierra, proyectan oscuridad sobre todo el mundo, rompen las cortinas de nuestros templos antiguos y rompen las rocas, nunca podremos llegar a ser portadoras/es misericordiosas/os de perfumes y aromas en la mañana pascual. Nunca seremos las mujeres y hombres que van con compasión a ungir, para ser nosotras/os mismas/os unguidas/os y amonestadas/os: “No teman”.

Nuestra compasión como comunidad y familia “de la Misericordia” será más persistente, poderosa, y eficaz, si brota también, como la de Dios, de un sentido dolor, compasión y auto-entrega. De alguna manera, guiadas por el ejemplo y la ayuda insuperable de Dios, debemos ser simultáneamente Jeremías, Isaías y discípulos/as de Jesús—clamando contra las ignorancias debilitadoras e insensibles que causan tal sufrimiento y destrucción, proclamando esperanza aún contra toda esperanza, y luego haciendo obras de sanación, de auto-entrega misericordiosas y de justicia hacia la ecología.

¿No es ésta la conversión total a la cual *Laudato Si* y el Año Jubilar de la Misericordia nos llama urgentemente? ¿No es éste el compromiso de encender con llamas cabeza, corazón y manos para lo cual nos llama tan ardientemente el Proceso Internacional de Reflexión de la Misericordia?

Ni el Papa Francisco ni la Asociación Internacional de la Misericordia nos invita a un ejercicio académico casual. Ambos nos invitan a una *metanoia*, a conocer y sentir, a ver y actuar de una manera nueva y más profunda – a dejarnos “nacer de nuevo” al dolernos y aceptar la destructiva ignorancia, enfermedad y pobreza de nuestro tiempo histórico, aun si tenemos ahora ochenta o noventa años. (Ana la profetiza en el templo de su día ¡tenía ochenta y cuatro años!). El Proceso Internacional de Reflexión de la Misericordia y el Año de la Misericordia nos llaman a ver más allá de las calles angostas, convenientes, de nuestras comprensiones y empresas, a aceptar la magnitud del universo creado, evolucionando y ampliándose, nuestra casa común; a ampliar nuestra idea teológica del alcance de la presencia creativa de Dios y de su amor y luego arrodillarnos, subirnos las mangas, y hacer lo que podemos y debemos hacer por toda la vida herida en nuestros rincones del hospital de campaña inmenso que es nuestra Tierra.

Catalina McAuley dijo una vez de dos mujeres vagabundas que llegaron a su puerta: “He tenido sus rostros abatidos ante mí desde entonces” (*Cartas*, 215). Al comenzar juntas este Año Jubilar de la Misericordia y nuestro año de Misericordia de reflexión y acción global a favor de la Tierra angustiada y de nuestras hermanas y hermanos abatidos, llevemos también estos “rostros abatidos” en la mente y corazón cuando busquemos y construimos la sanación por la cual está suplicando tal angustia.

Así como el Papa Francisco lo expresa claramente al anunciar el Jubileo Extraordinario de la Misericordia: éste es un momento de *kairos* para la humanidad, para toda la vida creada en este planeta, y así mismo para la familia global de la Misericordia. Un momento de crisis o de cambio en la historia, una hora de gracia, un tiempo señalado en los propósitos de Dios que exige decisiones específicas mientras la oportunidad está todavía presente. Bien, nos involucramos ahora en una conversión ecológica integral—con toda la conversión científica, teológica, social, política y económica que implica tal integridad – o, con seguridad, apresuramos el sufrimiento humano y la destrucción cósmica que están por venir. Bien, lamentamos ahora y actuamos, o lamentaremos aún más en el futuro.

El Proceso Internacional de Reflexión de la Misericordia que ahora empieza es un don de Dios para nosotras/os, una invitación compasiva divina. Ser invitada como una familia internacional de la Misericordia a sentir juntas/os los sufrimientos globales y las devastaciones directas de este momento y luego actuar juntas de maneras sanadoras es un don misericordioso de Dios. Sí, es una invitación que exige mucho, pero una en la cual, debemos confiar que la energía, la compasión y la guía de Dios nos acompañará siempre. Participar en el Proceso Internacional de Reflexión de la Misericordia, de manera que podemos, con todos los sacrificios

de tiempo, energía y presencia que sean necesarios, no es una opción casual que ninguna/o de nosotras/os podemos fácilmente poner a un lado.

Sí, la creación de hecho espera con gran anhelo – la ayuda de Dios y la nuestra. De algún modo este próximo año del Proceso Internacional de Reflexión de la Misericordia, caminemos unidas/os a Cristo cuando, una vez más, él se monta en su burrito prestado y pasa por la ladera que proporciona vistas de nuestro pobre y ciego Jerusalén, y llora: “Si tú, por lo menos tú, hubieras reconocido sólo este día las cosas que traen la paz” (Lucas 19: 41-42). Al descender con Él a las agonías de nuestra Tierra y de sus amados pueblos, ofrezcámosle unidas/os, no sólo ramas de palmas y hosanas vacías sino un nuevo arrepentimiento y nuestra promesa nueva de tratar una vez más de reconocer las cosas que traerán una paz genuinamente humana. Imploramos a Dios, como una sola Familia de la Misericordia interconectada que, a través de nuestra escucha atenta a los anhelos de la Creación y a los clamores de la humanidad y por medio de nuestros actos de misericordia y justicia a favor de la Tierra y de su pueblo empobrecido, el Espíritu Santo de Dios nos ofrezca – aún gimiendo en nuestro nombre – un nuevo día de visita Misericordiosa.

-Mary C Sullivan rsm

Written by Mary C Sullivan rsm (Americas) for the Year of Mercy. E: <mailto:mxsgsl@rit.edu>

Published in Mercy eNews Issue #652 on 8 December 2015. www.mercyworld.org